

LUCREZI, FRANCESCO, *Parola di Hurbinek. Morte di Primo Levi* (Editrice La Giuntina, Collana Schulim Vogelmann, Firenze 2005, 105p., ISBN: 88-8057-212-1.

La muerte de Primo Levi, más allá de la polémica acerca de si se trató de un suicidio o de un accidente¹, ha provocado (o, más bien, ha reactivado) un interesante debate acerca de lo que podríamos llamar los «efectos retardados» de la experiencia concentracionaria. En esta obrita, publicada por la editorial florentina *La Giuntina*, Francesco Lucrezi, profesor de la Universidad de Salerno, toma como punto de partida la muerte de Levi para reflexionar acerca de la *Shoah* siguiendo el hilo de la narrativa y de la reflexión del mismo Levi y relacionándolo con otros muchos autores que han reflexionado sobre estos temas. De hecho, Levi dedicó su vida a la terrible paradoja de nombrar lo innombrable, de decir Auschwitz, es decir, a una tarea que —para quien se tome en serio lo que ha significado el holocausto en todas sus dimensiones y en toda su hondura— parece estar abocada desde el principio al fracaso.

El título es sobrecogedor para todo el que conozca las obras principales del escritor turinés. Hurbinek es el niño que en *La tregua* deambulaba por el campo de concentración y de cuyo origen nadie sabía nada (*era un nulla, un figlio della morte*). No hablaba ninguna lengua y emitía solamente algún sonido extraño. Primo Levi ha querido ser eso: la palabra que Hurbinek nunca pudo pronunciar o, parafraseando el título de otra de sus obras más conocidas, el esfuerzo titánico porque uno de los *salvati* dé la voz a los *sommersi*.

En esta obra, el autor repasa las distintas explicaciones posibles del suicidio de Levi, si es que una decisión humana tan trascendental, tan tremenda, tan misteriosa en definitiva, puede ser explicada. De hecho, el suicidio ha dado lugar en la historia del pensamiento occidental a explicaciones e interpretaciones muy variadas (desde los estoicos a Freud, pasando por Hume o Durkheim, entre otros muchos). Camus llegó a afirmar en *El mito de Sísifo* que el suicidio es el único problema filosófico verdaderamente serio. El mismo Levi reflexionó lucidamente en *I sommersi e i salvati* acerca del suicidio y en concreto acerca de por qué los suicidios fueron más bien raros en Auschwitz o, al menos, muy escasos en proporción al sufrimiento y al drama que se vivía allí.

La reflexión de Lucrezi puede agruparse en torno a tres palabras clave en la obra de Levi: el perdón, la palabra y Dios. Levi, aunque no cultivó ni alentó la venganza, sí defendió el principio de irreconciliabilidad de su amigo Jean Améry, como un deber moral. A pesar de ello, al final de sus vidas debieron darse algunos malentendidos e incluso alguna tensión entre ambos por este tema. Lo cuenta el propio Levi en una de sus obras. Améry, en una carta a una amiga común, se refirió a Levi como *il perdonatore*, de lo que éste parece justificarse, si bien no lo consideraba ni como una alabanza ni como un insulto. Sea como fuere, ambos (entre otros pensadores judíos de esta generación marcada por el holocausto) nos recuerdan la seriedad del perdón y cómo un perdón fácil, banal o frívolo acaba convirtiéndose en una nueva ofensa, más terrible si cabe, a las víctimas.

¹ Por citar un ejemplo reciente, cf. D. GAMBETTA, *Los últimos momentos de Primo Levi*: Revista de Occidente 277 (junio 2004) 5-26. El autor es contrario a la tesis del suicidio.

Auschwitz fue para Primo Levi la antítesis del *logos*, de la palabra, del sentido. *Hier ist kein warum*, se solía repetir a los prisioneros. El mismo Hurbinek se convierte en un símbolo de esa ausencia de sentido y de palabra. Por ello, Levi entregó generosamente su vida a contar, a decir, a la palabra por la que sentía un fervor casi religioso. Por ello también, rechazó siempre una escritura oscura o enigmática. Esto le llevó a formular un decálogo del escritor que debe buscar siempre el sentido, la sencillez, la claridad.

Por último, respecto a su experiencia religiosa, si cabe hablar así, conviene tener en cuenta en primer lugar que Levi encaja perfectamente en el prototipo del judío «asimilado» europeo de antes de la guerra. El mismo cuenta que su idea del judío se reducía casi a «aquél que no pone árbol de Navidad»; la *judeidad* era algo cultural, si no anecdótico. Su identidad judía se le descubre dramáticamente con la deportación, por lo que, como señala Lucrezi, Levi descubre a Israel como un país sin Dios. «Si hay Auschwitz, no puede haber Dios» es una frase suya que ha pasado a formar parte del conjunto de máximas sobre el holocausto. Sin embargo, como muy bien intuye Lucrezi, la pregunta sobre Dios no queda cerrada del todo en Levi. De la no-presencia de Dios no se pasa irremisiblemente a su no-existencia. Quizás Auschwitz nos descubra otra imagen de Dios en la que, siguiendo una tradición mística judía (a la que nosotros nos atreveríamos a añadir la revelación cristiana del Dios crucificado), Dios aparece como débil, escondido, eclipsado. Pero, si esto es así, nos vemos casi obligados a considerar a Hitler como un instrumento divino y a Auschwitz como un lugar teológico. En cualquier caso, es claro que Auschwitz lleva a Levi a no creer en Dios, pero éste no se instala en una cómoda o despreocupada increencia; más aún, Auschwitz, para él, es igual de escandaloso para el creyente que para el no creyente.

Nos asomamos así a otros problemas de hondísimo calado que casi producen vértigo. El autor no traspasa esa barrera. Quedan formulados los grandes interrogantes de la obra de Levi. Quien lea a Lucrezi se sentirá invitado —casi provocado— a leer la obra literaria de Primo Levi, cada vez más asequible en castellano. Sólo nos queda felicitar a la Editorial *La Giuntina* que, pese a no ser muy conocida en España, recoge una amplia selección de títulos de variedad y calidad para seguir reflexionando acerca de Auschwitz y del judaísmo contemporáneo.—FERNANDO MILLÁN ROMERAL.

BERGAMÍN, JOSÉ, *Dolor y claridad de España. Cartas a María Zambrano* (Ed. Renacimiento - Junta de Andalucía, Sevilla 2005), 149p., ISBN: 84-8266-492-1.

La editorial Renacimiento viene regalándonos en los últimos años una serie de textos curiosos, alguno de los cuales hemos reseñado ya en esta misma revista. Se trata en este caso del epistolario que mantuvieron José Bergamín y María Zambrano en tres momentos distintos de sus vidas (1957-1958 desde París, 1963 desde Madrid y 1970, desde Madrid, tras su segundo exilio), si bien solamente se ofrecen las cartas de Bergamín (que se conservan en el Archivo de la Fundación María Zambrano de Vélez-Málaga), ya que éste no tenía costumbre de guardar las cartas que recibía. A pesar de esa carencia (grave, teniendo en cuenta los elogios que reciben las cartas de Zam-